
Para la formación permanente

Día del Seminario 2012 *Pasión por el Evangelio*

El lema del Día del Seminario en este año –Pasión por el Evangelio– pone de relieve la centralidad del Evangelio en la vocación sacerdotal. Todo proyecto de vida cristiana está, en realidad, animado por esta «buena noticia» que fecunda el corazón del hombre que la acoge y se verifica en el seguimiento de Jesús.

La propuesta de este lema en este momento no parece casual. Dos relevantes acontecimientos ofrecen el horizonte que permite vislumbrar el sentido de este lema: la creación del Dicasterio para la Nueva Evangelización y la celebración próxima del Sínodo para la Nueva Evangelización. Ambos eventos expresan la conciencia de que el anuncio del Evangelio constituye el núcleo de la misión de la Iglesia y de que el Evangelio debe ser urgentemente proclamado, sobre todo en aquellas tierras y culturas que una vez estuvieron impregnadas por él y que, con el paso del tiempo, han decaído en vitalidad y entusiasmo.

La celebración del Día del Seminario puede ser una ocasión estupenda para que la comunidad cristiana –sacerdotes, consagrados y laicos– reflexione sobre la identidad y la misión del sacerdote en este contexto marcado por la secularización y la indiferencia religiosa. Es aquí donde se percibe la urgencia de una nueva evangelización que invita a un «aggiornamento» de las formas y prioridades en el ejercicio del ministerio presbiteral. Las notas fundamentales que definen el sacerdocio permanecen, no cambian; pero sí lo hacen los contextos en que se desarrolla la vida de la Iglesia, y eso conlleva una valoración diversa de las funciones del sacerdocio en cada momento y lugar.

Los siguientes puntos pueden ser útiles para la reflexión personal y el diálogo grupal, en el contexto de la formación permanente de los sacerdotes o de la formación de un grupo de cristianos adultos.

a) El lema del Día del Seminario –*Pasión por el Evangelio*– nos sitúa ante el objeto de la predicción de Cristo (Mc 3, 14) y de la predicación de los primeros cristianos, para quienes el Evangelio no es ya solamente las palabras y acciones de Jesús, sino también y fundamentalmente el misterio de salvación acaecido en la muerte y resurrección de Cristo, una «buena noticia» que ha de ser proclamada y que acarrea la salvación de quien la escucha y acoge en su corazón.

El término «evangelio» alude a diversas realidades estrechamente relacionadas entre sí. Evangelio es el nombre que se da a los relatos sobre la vida y el mensaje de Jesús. En este sentido, se trata de un término técnico que designa las narraciones sobre Jesús que la Iglesia asumió desde sus orígenes en el canon de los textos sagrados porque reflejaban con fidelidad el misterio de Cristo.

El término «evangelio» no se agota en este uso técnico, sino que se refiere más ampliamente al conjunto de la predicación cristiana. En el Nuevo Testamento, la palabra «evangelio» es utilizada para referirse tanto al mensaje predicado como al hecho mismo su proclamación y el efecto que produce en quien lo escucha y acoge. El Evangelio en el Nuevo Testamento es un mensaje digno de crédito por la autoridad de quien lo proclama; pero es sobre todo un acontecimiento, una realidad capaz de transformar al hombre en su interior, una fuerza actuante que salva al ser humano del extravío y la desesperación.

¿Reconoces estas dos dimensiones –mensaje y acontecimiento– en la proclamación del Evangelio hoy? ¿De qué manera el «kerigma» incide en tu propia vida? ¿Cuáles son, a tu entender, los contenidos fundamentales del «mensaje» del Evangelio que deberían ser transmitidos?

b) En los escritos paulinos el término «evangelio» aparece en múltiples ocasiones. En 1 Cor 15, 1 Pablo exhorta a los corintios en los siguientes términos: «Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié, que recibisteis y en el que habéis perseverado». El ministerio apostólico aparece aquí delineado por una triple función: el anuncio del Evangelio, el recuerdo del Evangelio anunciado y la preocupación por la perseverancia de la comunidad que ha recibido y acogido el anuncio.

El recuerdo del Evangelio es posible solo cuando ha habido un anuncio previo. Recordar significa reconocer que el olvido de lo anunciado es una posibilidad real, que la deformación del mensaje recibido constituye una amenaza real. Desde esta constatación, emerge la función correctiva y vigilante del apóstol, quien exhorta a la comunidad para que persevere en el Evangelio recibido.

Nuestra cultura secularizada testimonia la lejana implantación del Evangelio en las estructuras de la sociedad, hoy ignora sus raíces cristianas. En este contexto, es preciso demandarse si la nueva evangelización no ha de referirse más al recuerdo del Evangelio que a su anuncio. La herencia cultural recibida alberga en su interior gérmenes del Evangelio anunciado antaño que aún han de brotar y crecer. Es también tarea de la Iglesia detectar aquellos comienzos incipientes; recordar sus orígenes cristianos, para cimentar así la nueva evangelización.

¿Qué brotes del Evangelio percibes a tu alrededor, en la cultura y la sociedad? ¿Qué significado tienen estos retoños evangélicos para la nueva evangelización?

c) La misión y la identidad del sacerdote están profundamente marcadas por el anuncio de la Palabra, por la proclamación del Evangelio. Este anuncio, según la exhortación paulina, requiere un recuerdo ulterior, una rememoración constante del Evangelio proclamado, que compete sobre todo al ministro ordenado.

Hoy el sacerdote está más llamado que nunca a recordar el Evangelio, al menos en un doble sentido. En una sociedad ajena a sus raíces cristianas, que aparca la dimensión religiosa al ámbito de lo privado, la sola presencia del sacerdote en los espacios donde discurre la vida de la gente «recuerda» la trascendencia, es señal de algo que escapa a la lógica del mundo.

Pero también el sacerdote ha de «recordar» activamente el Evangelio olvidado en la cultura y, sobre todo, en el corazón de cada hombre. Frente a los diagnósticos pesimistas que vaticinan el eclipse definitivo del cristianismo en nuestra sociedad, aún es posible rastrear en el interior de los hombres de nuestro tiempo una forma evangélica, una inclinación latente a escuchar el Evangelio y a encontrarse con Cristo. Esta característica del tiempo presente exige del sacerdote mucha audacia y una gran madurez humana y espiritual.

¿Qué tipo de sacerdotes requiere, a tu entender, la nueva evangelización? De entre todas las funciones del ministerio sacerdotal, ¿cuáles te parecen más urgentes hoy?